
Historias del 68

La cobertura fotoperiodística del *Excélsior*, “El periódico de la vida nacional”

Alberto del Castillo Troncoso*

El análisis histórico de los cambios y las transformaciones del fotoperiodismo en México ha comenzado recientemente.¹ La obra de fotógrafos como Enrique Díaz, los Hermanos Mayo, Juan Guzmán, Nacho López y Rodrigo Moya han sido objeto de estudios más o menos rigurosos de distintos especialistas, que han ponderado el peso de las imágenes fotográficas de estos profesionales de la lente en sus respectivos contextos sociales. Por lo que respecta a las décadas más recientes y al surgimiento de un “nuevo fotoperiodismo mexicano” a partir de fines de los años setenta del siglo pasado, dicho fenómeno no ha pasado inadvertido para cualquier observador atento a la historia política y cultural del país, pero el proceso como tal todavía no pasa por el análisis crítico de los historiadores pese a su importancia.

El movimiento estudiantil de 1968 tampoco ha sido escudriñado desde el ángulo específico

de una historia gráfica o visual.² No se trata de que las imágenes hayan estado ausentes en la recuperación de la memoria histórica del 68. Al contrario, si tomamos la crónica ya clásica de Elena Poniatowska como punto de partida de una vasta producción literaria y periodística sobre los sucesos del 68, nos encontraremos con que la publicación de imágenes fotográficas ha sido una constante en las últimas tres décadas. El problema, desde el punto de vista de una historia gráfica o visual, consiste en que en la mayor parte de los casos en las publicaciones las fotografías no son analizadas y sólo desempeñan un papel complementario. El texto más

² El movimiento estudiantil de 1968 forma parte del segundo bloque de protestas sociales ocurridas en México durante el siglo xx después de la instauración de los regímenes revolucionarios. El primero abarca de 1920 a 1940 y tiene que ver con las pugnas revolucionarias. El segundo comprende de 1958 a 1968 y está representado por la movilización de obreros, empleados, estudiantes, empresarios, católicos, comunistas y anti-comunistas; su objetivo central consistió en rebelarse contra los mecanismos de control del Estado. El tercero es una herencia del 68, se produce en la década de los años setenta y consistió en la insurgencia sindical y la lucha guerrillera. El cuarto se refiere a la reivindicación de las autonomías y los derechos humanos. Soledad Loaeza, “Las olas de la movilización y la protesta. 1920-2000”, en *Gran Historia de México Ilustrada*, México, Planeta/INAH, 2000, pp. 241-259.

* Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

¹ Agradezco a los investigadores Irving Domínguez, John Mraz, Alejandro Pinet, Laura González, Mónica Flores, Ariel Arnal, Clara Lida y Ariel Rodríguez Kuri sus observaciones y comentarios para la realización de este trabajo. Éste forma parte de una investigación más amplia sobre el tema que actualmente desarrollo en el Instituto Mora.

reciente de Raúl Álvarez Garín ilustra de manera convincente este argumento. En dicho libro, que representa la crónica y el análisis agudo de uno de los líderes más destacados del movimiento, se publica, al final, un portafolio de 52 fotografías acerca de los sucesos del 68, respecto de las cuales, el autor no emite comentario alguno.³

Una revisión general del papel desempeñado por la prensa y el fotoperiodismo en los sucesos de 1968 proporciona un mapa bastante complejo.⁴ La investigadora Aurora Cano ha realizado un primer análisis de contenido de los periódicos más destacados durante aquella coyuntura. En su estudio muestra la existencia de una importante diversidad de posturas políticas e ideológicas por parte de la prensa. No obstante que la norma general fue el control gubernamental, el margen de distancia crítica periodística respecto a las tesis oficiales es bastante amplio, lo que nos lleva a la conclusión de que aún durante episodios y coyunturas críticas, como indudablemente fue el caso al que nos referimos, el autoritarismo del sistema político nunca asfixió por completo la presencia de una opinión pública, lo que permitió un ambiente de reflexión y discusión entre una diversidad de posturas ideológicas.⁵

En este artículo abordaremos el caso de *Excélsior*, un diario que incorporó a finales de la década de los años sesenta un grupo de colaboradores encabezados por el historiador Daniel Cosío Villegas, quienes ejercieron una crítica

³ Raúl Álvarez Garín, *La estela de Tlatelolco, una reconstrucción del movimiento estudiantil de 1968*, México, Itaca, 2002.

⁴ La bibliografía sobre el 68 es amplia y extensa. Para los fines de este artículo, baste recomendar al lector la obra *Diálogos sobre el 68*, coordinada por Silvia González y publicada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas en 2003, la cual cita cerca de 250 referencias importantes sobre el movimiento estudiantil, que comprenden investigaciones de corte histórico, literatura, testimonios, videos, grabaciones, catálogos y páginas de internet.

⁵ Aurora Cano, “Los libros y la prensa”, en Silvia González (coord.), *op. cit.*, pp. 115-130.



Figura 2. “Esta vista aérea muestra la columna estudiantil cuando salía del casco de Santo Tomás. Toda la avenida Instituto Técnico estaba llena de manifestantes”. (*Excélsior*, 14 de agosto de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).

importante al autoritarismo del poder ejecutivo. Este periódico realizó una cobertura fotoperiodística del movimiento estudiantil, desde sus inicios en la última semana de julio hasta el trágico desenlace del 2 de octubre y las diversas secuelas de la represión. El análisis que desarrollaremos se apoya en un planteamiento básico que sostiene que el manejo de las fotografías desempeñó un papel secundario en la estrategia del periódico, el cual privilegió, en todo momento, la reflexión y el debate de las ideas expresadas en los textos de reporteros, colaboradores y analistas. Todo ello, en estrecha relación con las diferencias políticas e ideológicas existentes con otros diarios, cuestiones que iremos subrayando a lo largo de este texto.⁶

⁶ Hemos optado por una lectura cualitativa de las fotografías publicadas por *Excélsior* durante el episodio estudiantil. Lo anterior significa que en algunas ocasiones se eligieron las imágenes que se consideraron

En el año crucial de 1968, “El periódico de la vida nacional” cambió de director, justo en medio del conflicto estudiantil. Julio Scherer García tomó posesión oficial del periódico el 1 de septiembre de aquel año, si bien ya tomaba las decisiones editoriales desde semanas atrás, debido a la grave enfermedad que aquejaba a Becerra Acosta, el director anterior, quien falleció el 9 de agosto. *Excélsior* mantuvo una cobertura fotográfica moderada en su edición matutina durante el movimiento estudiantil. En términos generales, publicó imágenes de registro más o menos convencionales, que informaron de los sucesos, sin arriesgar un punto de vista personal. Por supuesto, hubo algunas excepciones, con imágenes que adoptaron puntos de vista más críticos, las cuales iremos destacando en este artículo. Algunos de los fotógrafos que cubrieron los sucesos fueron Miguel Castillo, Carlos y Jaime González, Roberto Ochoa y Ricardo Escoto. El crédito de los mismos apareció de manera explícita al pie de la fotografía en muy contadas ocasiones. La inmensa mayoría de las imágenes fueron publicadas sin el crédito de sus autores, en contraste con el anuncio colectivo que acostumbraban hacer otros diarios, como *La Prensa* y *El Herald*. Conviene subrayar para este análisis el trabajo de algunos reporteros, como Jaime Reyes Estrada y Antonio Ortega, quienes desempeñaron un papel muy importante al construir narraciones objetivas que dieron cuenta de los hechos con una distancia crítica respecto del punto de vista oficial.

más representativas de la propuesta visual del periódico, a veces en función de su originalidad, pero en otras tomando en cuenta el aspecto contrario, esto es, su reiteración. El hilo conductor consistió en cotejar en todo momento los aspectos gráficos con el punto de vista institucional del diario, representado por el editorial principal del día, el punto de vista crítico de los colaboradores y por supuesto los distintos reportajes y pies de foto —transcritos textualmente en cada una de las fotografías incluidas a lo largo de la revista— que acompañaron a las imágenes. Todo lo anterior nos proporcionó los matices y claroscuros para ir contextualizando el discurso narrativo de las imágenes. Al respecto, véase Lorenzo Vilches, *Teoría de la imagen periodística*, Barcelona, Paidós, 1987.

La estrategia visual de los fotoperiodistas se complementó con los editoriales del propio diario, que mostraron un punto de vista cauteloso respecto de los sucesos, y con el de algunos colaboradores como el historiador liberal Daniel Cosío Villegas, el politólogo Froilán López Narváez, el sacerdote jesuita Enrique Maza, los escritores Ricardo Garibay y José Alvarado y el destacado político Manuel Moreno Sánchez, que había perdido la precandidatura a la presidencia con Adolfo López Mateos unos años atrás. Todos ellos defendieron a título personal la legitimidad del movimiento estudiantil contra la teoría de la conjura gubernamental y criticaron a fondo el autoritarismo del poder ejecutivo y la docilidad y el servilismo de legisladores y jueces.⁷ La lista quedaría incompleta si no se menciona el destacado trabajo del caricaturista Abel Quezada, que con su mordacidad e ironía proporcionó un punto de vista original que cuestionó lo mismo el autoritarismo presidencial que el sectarismo de algunas posturas y actitudes de los estudiantes, en particular la demanda permanente de diálogo público que obstaculizó cualquier intento de acercamiento entre las autoridades y los huelguistas.

El movimiento estudiantil a la ofensiva

El primero de agosto se produce un hecho fundamental, que tendrá repercusiones centrales en el devenir de los sucesos en las semanas

⁷ Desde el inicio del episodio estudiantil el gobierno atribuyó la dinámica de los acontecimientos a una conjura internacional de carácter comunista para sabotear las Olimpiadas y afectar la estabilidad política del país. Las declaraciones periodísticas de Díaz Ordaz y distintos gobernadores y miembros del gabinete al respecto tuvieron una presencia constante en ese lapso. Actualmente puede explorarse el microcosmos de los informes de los agentes de gobernación a esa secretaría y a la Presidencia de la República en los acervos de la Dirección Federal de Seguridad, los cuales se conservan en el Archivo General de la Nación. Dichos informes alimentaron cotidianamente esta idea de la conjura entre las autoridades.

siguientes. El rector de la UNAM, el ingeniero Javier Barros Sierra, encabeza una marcha de decenas de miles de estudiantes en defensa de la autonomía y criticando la represión gubernamental. La incorporación del rector aportó al Movimiento la legalidad y la autoridad moral necesarias para adquirir una mayor fuerza y expandirse en el ámbito nacional. Con ella se produjo el respaldo inmediato del Consejo Universitario y de una buena parte de profesores. Un reportaje de Antonio Ortega rescató el contenido del discurso de Barros Sierra, en el que éste identificaba la autonomía con la libertad de la enseñanza, asumía la defensa de la libertad de los estudiantes presos, el reclamo por la indemnización a los heridos y por la reparación de los edificios dañados. Asimismo, resaltaba la magnitud de la marcha, calculada en 60 mil personas, y el carácter ordenado de la misma. Pese a lo anterior, el diario dedicó sólo 2 fotografías a registrar el hecho, ninguna de primera plana. La figura central fue evidentemente el propio rector, en una foto tomada al nivel de la calle, en la que lucía tranquilo y sereno en el centro de la imagen, rodeado de los demás directores de las distintas facultades de la UNAM. En el contexto de una escasa cobertura gráfica, el gran protagonista de esta primera marcha es Barros Sierra. La atención visual está concen-

trada en el perfil del rector que encarna el liderazgo moral de la manifestación. Los diferentes contingentes estudiantiles no aparecen en esta ocasión. La fila de funcionarios universitarios proyecta una gran uniformidad y homogeneidad. El único estudiante que aparece en ese primer plano no está viendo a la cámara, lo que lo convierte en un personaje anónimo. La identidad y la fuerza está representada en este caso por la figura paternal del rector (fig. núm. 1).

Las marchas y manifestaciones que tuvieron lugar en los siguientes días se orientaron a la toma simbólica de la Plaza de la Constitución y se desarrollaron en otros ámbitos y espacios urbanos alejados de la Ciudad Universitaria, particularmente en el barrio de Tlatelolco, al norte de la ciudad. El 2 de agosto se publicó por primera vez un pliego petitorio con seis puntos básicos que darían cohesión al Movimiento en los próximos tres meses: libertad a los presos políticos; destitución de los jefes policiacos; desaparición del cuerpo de granaderos; derogación del delito de disolución social; indemnización a los familiares de los estudiantes muertos y heridos, deslinde de responsabilidades de los actos de represión. El día 5 se produjo una marcha multitudinaria, organizada por los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional, en la que los líderes de la gobiernista Federación Nacional de



Figura 19. “Mientras un granadero lanza un proyectil de gases lacrimógenos hacia un grupo de estudiantes, en la esquina de San Simón y Vallejo, un autobús urbano de la línea Vallejo, de segunda clase, arde frente a un establecimiento de pinturas. (Foto de Carlos González)”. (*Excélsior*, 3 de octubre de 1968, primera plana. Archivo Histórico CESU, UNAM).

Estudiantes Técnicos (FNET), son rebasados por nuevos grupos.⁸ El reportaje de Antonio Ortega destaca el carácter civilizado del evento. El titular de primera plana subraya el mismo punto: “Muy ordenada la manifestación del Instituto Politécnico”.⁹ El viernes 9 de agosto quedó formalmente constituido el Consejo Nacional de Huelga (CNH) en una asamblea estudiantil en la que participaron 38 comités de lucha representativos de las distintas escuelas y facultades, tanto del IPN como de la UNAM. El CNH reivindicó, desde el inicio, los puntos del pliego petitorio y se convirtió en el único representante legal del Movimiento, así como en el interlocutor obligado del gobierno.

La organización estudiantil y el incremento del peso de los sucesos en la opinión pública provocó en las esferas gubernamentales una señal de alerta que se tradujo en un mayor cuidado para el control de la información en los medios, principalmente la televisión, pero también el aparato periodístico en su conjunto. En el caso del *Excélsior*, las tensiones entre los lineamientos gubernamentales y la postura de la dirección y el equipo de colaboradores del diario estuvo presente desde el inicio de los acontecimientos. Al parecer, la dirección del diario intentó balancear la postura cauta y moderada de sus editoriales con la pluma mucho más crítica e independiente de sus colaboradores y el trabajo gráfico de Abel Quezada.

El 13 de agosto tuvo lugar una multitudinaria manifestación estudiantil que llenó el Zócalo. *Excélsior* respondió a esta marcha con la publicación de ocho fotografías. En términos generales se trató de imágenes discretas, que privilegiaron la panorámica general sobre los detalles, sin proporcionar un acercamiento a los rostros concretos de los manifestantes. La fotografía que

resumió este espíritu informativo mostraba una vista aérea de la salida de los estudiantes del casco de Santo Tomás a todo lo largo de avenida Politécnico, en el norte de la Ciudad de México. La toma a la distancia muestra a la marcha como un cuerpo colectivo y con ello resalta el orden y la precisión con que fue ejecutado el evento. Asimismo se rescata el contexto urbano en el que se desarrollan los acontecimientos. La ciudad emerge como un personaje que irá adquiriendo mayor relevancia a lo largo de las siguientes semanas. El pie de foto refuerza esta vinculación entre marchantes y urbe y enfatiza el hecho de que la manifestación cubrió toda la avenida (fig. núm. 2).

Los reportajes a los que acompañaron las imágenes dieron cuenta del importante acontecimiento, enfatizando de manera particular, el orden mostrado por los manifestantes, lo que significaba darle un lugar importante a la civilidad representada por los estudiantes. En ese tono, López Narváez planteó en su editorial titulado “Diálogo trunco”, que la rebelión estudiantil tenía una razón de ser y que las autoridades estaban obligadas a entablar comunicación con el CNH y no debían responder con formalismos caducos, típicos de los políticos tradicionales.¹⁰

La última semana de agosto parecía propicia para la negociación entre el CNH y las autoridades. El primero se había consolidado rápidamente como interlocutor del gobierno y había mostrado su fuerza en las calles con la marcha multitudinaria del día 13. El segundo había replegado a las fuerzas policíacas después de su ofensiva de julio y emitía algunas señales, como las declaraciones de la Secretaría de Gobernación publicadas el 23 del mismo mes, en las que proponía, con tono conciliador, recibir a una comisión de estudiantes y tener un intercambio directo de impresiones. Todo ello contaría con la cobertura de la prensa. La respuesta del CNH consistió en rechazar la propuesta de las autoridades y plantear la celebración de un diálogo público televisado con la asistencia de 210

⁸ La FNET fue creada en 1956, con la ocupación militar del Politécnico ordenada por el gobierno para impedir una reorganización del sistema de educación superior. Su control empezó a declinar en 1967, cuando los estudiantes del IPN participaron en apoyo a la huelga de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo.

⁹ *Excélsior*, 6 de agosto de 1968, p. 1.

¹⁰ *Excélsior*, 13 de agosto de 1968.

representantes de las 70 escuelas en huelga. De esta manera se cerró la posibilidad de un encuentro directo entre gobierno y CNH. El capítulo siguiente fue una demostración de fuerza por parte de los estudiantes, con la organización de la marcha más numerosa de todo el conflicto, y la respuesta gubernamental que consistió en preparar las condiciones para un incremento de la represión por todas las vías.

El 27 de agosto se realizó la manifestación más concurrida de todo el episodio estudiantil, en la cual participaron alrededor de 300 mil personas.¹¹ La cobertura fotográfica de *Excélsior* volvió a ser escasa y comprendió solamente 10 imágenes, un número a todas luces insuficiente, sobre todo si lo comparamos con la cobertura de otros medios periodísticos como *El Heraldo* y *La Prensa*, que triplicaron en aquella jornada la oferta gráfica de “El periódico de la vida nacional”. Algunas de las imágenes fueron panorámicas que mostraron las gigantescas dimensiones del suceso, ubicando claramente algunas referencias urbanas simbólicas importantes, como el monumento al Ángel de la Independencia, cuya glorieta pletórica de jóvenes adquiría un sentido positivo. Las demás estaban tomadas a nivel de la calle y proyectaban el tono festivo de la marcha y los aplausos de la gente. En términos generales se trata de un acercamiento respetuoso al movimiento estudiantil, en el que predomina una línea profesional de registro noticioso de los acontecimientos.

El movimiento estudiantil a la defensiva

El endurecimiento de la postura gubernamental fue evidente a partir del día 28. El día anterior, el asta bandera del Zócalo amaneció con

¹¹ Las cifras de los participantes varían de acuerdo con la fuente consultada. Todos coinciden en que se trató de la manifestación más concurrida de la década de los años sesenta en la Ciudad de México. Cabe recordar que la capital contaba con unos seis millones de habitantes, lo que permite dimensionar la magnitud del evento.

una bandera rojinegra en lugar del tradicional lábaro patrio. El hecho fue atribuido de inmediato a los estudiantes y fue calificado como un agravio a los símbolos patrios. Una buena parte de la prensa publicó la fotografía del suceso.¹² El episodio del supuesto agravio a la bandera sólo marcó el inicio de una serie de acciones represivas orientadas a frenar y desmovilizar la rebelión estudiantil.¹³ *Excélsior* omitió cualquier imagen al respecto y en cambio realizó una crónica rigurosa del mismo episodio, subrayando la agresión del ejército en contra de estudiantes y demás civiles que se encontraban en el Zócalo aquella mañana. También informó que unos sujetos habían estado disparando contra el ejército y la multitud con una ametralladora desde un balcón del tercer piso del hotel Majestic, por lo que fueron detenidos por los militares. El reportero proporcionó incluso el nombre de dos de estas personas: Juan Gallardo y Andrés Martínez.¹⁴

En contraposición al discurso fotográfico del día anterior, que se había caracterizado por proyectar una imagen positiva del movimiento estudiantil, el editorial oficial del diario condenó enérgicamente a los estudiantes por los dos “excesos” cometidos durante el mitin realizado en el Zócalo: el agravio a la bandera y el repiqueteo de las campanas de catedral, a cargo de dos estudiantes de medicina. El texto plan-

¹² Gabriel Alarcón, director de *El Heraldo* promovió la publicación de la foto del asta bandera con la bandera rojinegra en diversos medios periodísticos. Dicha imagen formó parte de la estrategia gubernamental para descalificar el movimiento estudiantil. La carta de Alarcón dirigida a Gustavo Díaz Ordaz en la que le explica ésta y otras cuestiones ligadas al episodio estudiantil del 68 se encuentra actualmente en el Archivo General de la Nación. Fue reproducida en el número 246 de la revista *Nexos*.

¹³ A partir del día 28 resultó más evidente la intervención de fuerzas paramilitares para intimidar, reprimir y asesinar estudiantes. La crónica de estos hechos, vista desde la perspectiva de los servicios de inteligencia del Estado, puede seguirse paso a paso en Sergio Aguayo, 1968. *Los archivos de la violencia*, México, Grijalbo/Reforma, 1998.

¹⁴ *Excélsior*, 29 de agosto, p. 7.



Figura 1. “El Rector de la Universidad Nacional, ingeniero Javier Barros Sierra —al centro de la fotografía— encabezó la manifestación que organizó ese centro de estudios en defensa de la autonomía universitaria”. (*Excélsior*, 2 de agosto de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).

teó también que con estos actos se ponía en peligro la estabilidad del sistema político mexicano y prácticamente se obligaba al gobierno a reprimir para evitar la anarquía. Otro editorial, titulado significativamente: “Así no, muchachos”, firmado por Genaro María González y publicado en las páginas centrales reforzó el mensaje de reprobación.¹⁵

La cobertura fotográfica cubrió diversos aspectos tanto de la gigantesca marcha, como de la ceremonia del desagravio al lábaro patrio a

¹⁵ El licenciado Rodolfo González Guevara se encontraba aquella noche del 27 de agosto trabajando en Palacio Nacional en su oficina, que tenía una ventana hacia el Zócalo. Desde ahí observó cómo llegó un grupo de empleados del Departamento del Distrito Federal, de los llamados “halcones”, quienes bajaron la bandera y pusieron en su lugar el trapo rojinegro. Al respecto, véase Raúl Jardón, 1968. *El fuego de la esperanza*, México, Siglo XXI, 1998, p. 292.

cargo de los empleados de oficinas de gobierno y de la agresión de los tanques a la multitud en el Zócalo capitalino (fig. núm. 3). En términos generales, las imágenes corresponden a las dos caras del discurso del propio diario. Por un lado, la exaltación del desagravio y por el otro la exhibición de la agresión de los militares a la multitud. Sobre esto último, el periódico dedicó tres fotografías a todo el episodio. Al igual que en el resto de las imágenes, no se otorgó crédito a los fotógrafos y las secuencias tuvieron un espacio muy limitado. La descripción de los pies de foto era bastante objetiva y describía los sucesos sin calificarlos, ni utilizar adjetivos. Sin embargo, lo que sí destacaban claramente fue el hecho de que los soldados avanzaron a bayoneta calada contra una multitud inermes.

Un editorial de López Narváez titulado “No son traidores”, matizaba los editoriales anteriores y respondía a las declaraciones del líder priísta

Augusto Gómez Villanueva, quien había calificado a los líderes estudiantiles de traidores a la patria, con el argumento de que la disidencia no implicaba una ofensa a la patria, sino todo lo contrario, representaba un derecho fundamental del estado de derecho en una sociedad democrática. La réplica de Narváez es muy significativa, en la medida en que implica la reivindicación del estado democrático de derecho frente a la tradición revolucionaria excluyente. La fotografía del acto político celebrado en el marco de la Confederación Nacional Campesina, en la que Gómez Villanueva denostaba a los estudiantes resulta bastante elocuente. Resalta la solemnidad del presidente Díaz Ordaz; el secretario de Gobernación, Luis Echeverría; el presidente del PRI, Martínez Domínguez y el propio secretario de la Confederación Nacional Campesina, Gómez Villanueva. Todos ellos permanecen de pie, bajo una pintura mural en la que se aprecia la imponente figura del general revolucionario Emiliano Zapata ofreciendo al público su fusil. Las autoridades apelan de esta manera a uno de los símbolos emblemáticos de la tradición revolucionaria armada como respuesta a las reivindicaciones estudiantiles percibidas como un asunto de seguridad nacional.¹⁶ La postura hie-



Figura 14. “Parapetados tras una barda, los granaderos respondieron el fuego que les hicieron los estudiantes desde los edificios de la Vocacional 7, en la Unidad Tlatelolco, durante el enfrentamiento ocurrido anteanoche”. (*Excélsior*, 25 de septiembre de 1968, p. 15. Archivo Histórico CESU, UNAM).

¹⁶ La efigie de Emiliano Zapata está tomada de la famosa fotografía de Agustín Víctor Casasola. Un ícono

rática de los funcionarios, en particular la del presidente de la República puede vincularse con la rigidez del discurso oficial y su retórica cívica del patriotismo. Es como si los políticos estuvieran posando para la posteridad, debidamente apropiados de uno de los símbolos de la historia oficial mexicana del siglo xx: el caudillo del sur, en la versión “políticamente correcta” del muralismo como expresión de los gobiernos emanados de la Revolución mexicana. Cabe recordar que uno de los reclamos personales de Díaz Ordaz a los estudiantes en el cuarto informe de gobierno fue la utilización de imágenes de personajes ajenos a la tradición histórica nacional y el olvido de los próceres locales. La lucha por el uso y la manipulación de este tipo de imágenes formó parte del combate cultural en aquellas jornadas (fig. núm. 4).

En este contexto, el 1 de septiembre se realizó la ceremonia oficial del cuarto informe de gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (GDO). Este ritual simbólico enfatizaba nuevamente la importancia de la figura del presidente como piedra angular dentro del sistema político mexicano. La celebración del informe presidencial coincidió con la toma de posesión del nuevo director del periódico. El propio Scherer ha relatado que aquel día recibió un telefonazo del presidente felicitándolo por su nuevo puesto:

Fui elegido director del *Excélsior* el 31 de agosto de 1968. El país se endurecía, también el diario [...] El mismo día de la designación me llamó el presidente Díaz Ordaz por teléfono. Felicitaciones. Detrás de él, todos los secretarios, los gobernadores, los senadores, los diputados [...] eran los días de los estudiantes, posesionados del corazón de la ciudad [...] La multitud estallaba en injurias a su paso por *Excélsior*. Prensa vendida, prensa vendida, gritaba. No ocul-

que fue retomado a lo largo del siglo xx por los distintos regímenes priístas. La recuperación oficial de Casasola comenzó con la publicación de la *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana* durante el cardenismo.

tábamos las noticias. Tampoco la magnitud del fenómeno. En aumento incesante, nuestras ediciones consignaban desplegados de todos tamaños en apoyo al movimiento estudiantil. Aumentaba también el número de telefonemas a mi oficina que recomendaban prudencia.¹⁷

El hecho muestra hasta qué punto GDO tomaba bajo su control personal los asuntos relacionados con la prensa. La llamada del Ejecutivo representó la señal para que los demás miembros del gabinete se hicieran presentes y felicitaran también al flamante timonel del *Excélsior*. Los parabienes de los secretarios tenían, implícito, el mensaje de que las reglas que normaban la relación entre la prensa y el gobierno continuarían, más allá de los cambios coyunturales en los puestos directivos.

La nota central del periódico mostraba al día siguiente del informe un alineamiento con la postura gubernamental y anunciaba con tono ceremonioso: “Orden y tranquilidad deben mantenerse por encima de todo. Clara respuesta de Díaz Ordaz a las demandas estudiantiles”.¹⁸ Una secuencia de cinco fotografías del presidente complementaba el tono y la atmósfera del titular, señalando que el primer mandatario había sido interrumpido en 84 ocasiones con “entusiastas ovaciones” y que “en cada una de sus expresiones podía advertirse el gesto firme que acompañó a sus palabras”.¹⁹ La secuencia exalta la figura presidencial, mostrándolo como un líder seguro y eficiente, con un amplio respaldo del congreso. Como ha sido documentado por algunas investigaciones recientes, podemos considerar que estas fotografías proyectan la imagen de un padre responsable, que buscara inspirar respeto y obediencia entre sus hijos. Todo ello, tomando en cuenta el contexto social y cultural de la época, de acuerdo al cual GDO representaría los atributos idóneos de la mas-

culinidad. El otro aspecto a analizar tiene que ver, de nueva cuenta, con la rigidez y la solemnidad de los gestos y actitud corporal del primer mandatario, así como en la dinámica cinematográfica que aporta la puesta en escena de una secuencia de imágenes.²⁰ (Fig. núm. 5.)

El silencio de otros diarios capitalinos en los días posteriores al informe contrastó con los reportajes de Jaime Reyes Estrada y Antonio Ortega, quienes fueron informando a los lectores del deslinde legal de varias instancias gubernamentales, que respondían con evasivas al asunto de la negociación con los estudiantes y señalaban que la respuesta a varias de las demandas juveniles no podía correr a cargo del Ejecutivo, sino que dependía de los otros poderes. También informaron puntualmente del endurecimiento de la parte estudiantil, que respondió a estas tácticas dilatorias con una negativa a levantar la huelga y una insistencia en su demanda poco viable de diálogo público.

El periódico publicó el día 4 de septiembre dos editoriales a cargo de José Alvarado y Froilán López Narváez que razonan de manera paralela la urgente necesidad de que los estudiantes levanten la huelga, acepten algunos puntos reconocidos por el gobierno, tales como la

²⁰ Herbert Braun ha analizado en su texto: “Protests of Engagement: Dignity, False Love and Self-Love in México during 1968”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 39, núm. 3 (julio, 1997), p. 511-549, la relación entre el presidente y los estudiantes desde un punto de vista psicosocial, enfatizando la manera en que el sistema político mexicano giraba en la época alrededor de un autoritarismo representado por la figura paterna de GDO y la reacción adolescente de rebeldía de los jóvenes. Las fotografías en cuestión refuerzan el mensaje analizado por este autor. En esta misma línea, cabe recordar que el primer mandatario se refirió a Herbert Marcuse como “filósofo de la destrucción”. El académico estuvo en la UNAM en 1966 donde dictó tres conferencias. Uno de los ejes de su disertación fue la fuerza explosiva vital de los estudiantes como alternativa contra el autoritarismo de la sociedad tecnológica. La referencia a algunas de las ideas centrales del filósofo de la Escuela de Frankfurt refuerza las tesis psicosociales de Braun y forman parte del marco interpretativo de algunas de las imágenes del 68.

¹⁷ Julio Scherer, *Los presidentes*, México, Grijalbo, 1992, p. 54.

¹⁸ *Excélsior*, 2 de septiembre de 1968.

¹⁹ *Ibidem*, p. 4.

propuesta de analizar los artículos penales con el tema de la disolución social, el ofrecimiento público de indemnizaciones, la declaración oficial de respeto por la autonomía universitaria, el ofrecimiento de igual tratamiento y estatus para el Politécnico y la iniciativa de reconocimiento de voto juvenil a los 18 años, y de que continúen negociando los demás puntos dentro de los marcos constitucionales. Para ello advierten que la relación de fuerzas ha cambiado y que al desgaste interno del Movimiento habría que añadir la presión de diversas fuerzas represivas dentro del gobierno. Este tipo de razonamientos, esgrimidos públicamente por analistas simpatizantes del Movimiento resultan significativos en la medida en que ilustran de qué manera estaba leyendo los acontecimientos un sector moderado de la opinión pública.²¹

En este contexto, se produce un hecho que da lugar a un diálogo singular entre la caricatura y la fotografía. *Excelsior* publica el día 12 una fotografía de GDO rodeado de niños. La escena tuvo lugar en Palacio Nacional y se trataba de los estudiantes de primaria más aplicados del estado de Puebla. El hecho no es retomado por ningún colaborador del diario. Sin embargo, ese mismo día aparece una caricatura de Marino en la que puede verse a dos niños saliendo de Palacio Nacional y platicando animadamente con unos estudiantes del Consejo Nacional de Huelga, a los que les dan la siguiente recomendación: “Inscríbanse en primaria, sean aplicados y los recibirá”. Al mensaje político de la representación fotográfica, el caricaturista editorializa y responde con un sentido irónico.

Las lecturas posibles de este diálogo entre la caricatura y la fotografía son varias. Por un lado, el primer mandatario se daba tiempo para recibir a los infantes distinguidos de su estado natal, Puebla, lo que refuerza el carácter simbólico de la escena y enfatiza la familiaridad de los pequeños con el líder. Por otro lado, a los universitarios y politécnicos que se negaban a

²¹ “La cuestión estudiantil”, de José Alvarado y “Grupos de choque”, de Froylán López Narváez. *Excelsior*, 4 de septiembre, pp. 8 y 9.

regresar a las aulas se les confinaba por decreto al laberinto de la burocracia. Predomina aquí la imagen del padre de familia que exigía una postura infantil de obediencia, respeto y admiración y relegaba a un segundo plano las actitudes juveniles de rebeldía. Al mismo tiempo, podía tomarse como una actitud embarazosa para los jóvenes el hecho de que los niños aplicados de la primaria les pusieran el ejemplo. De hecho, la lectura y recepción de esta imagen parece ubicarse dentro de estas coordenadas. En el dibujo de Marino pueden apreciarse las mejillas sonrosadas de los dos jóvenes que intercambian impresiones con los infantes, lo cual enfatiza el carácter vergonzoso que el caricaturista quiso remarcar con la descripción de toda la situación (fig. núm. 6).

El día 13 de septiembre se llevó a cabo en las calles de la Ciudad de México la respuesta estudiantil a las declaraciones del informe presidencial. Dicho evento se conoció desde entonces como “la marcha del silencio”, y consistió en el emotivo desfile de una multitud de universitarios luciendo tapabocas y telas adhesivas para remarcar simbólicamente su silencio ante la retórica vacía del gobierno.²² El episodio ameritó únicamente dos fotografías de registro, que no aportaron gran cosa al discurso gráfico en torno al Movimiento. Dicha cobertura resulta bastante significativa del peso no prioritario que ocupaban las imágenes en la estrategia con la que el diario se estaba enfrentando al reto del conflicto universitario. En todo caso, resultó mucho más importante la publicación de una caricatura de Abel Quezada, titulada significativamente: “Palabras en reposo”, que destacaba con la ironía característica del dibujante el

²² “La idea de la manifestación silenciosa se haría realidad el 13 de septiembre, en el momento más dramático del movimiento, cuando va contra una gran campaña publicitaria en nuestra contra. Una demostración colectiva de valor que reveló la fuerza interior del movimiento”. Gilberto Guevara Niebla, “El movimiento a la defensiva”, en Herman Bellinghausen y Hugo Hiriart (coords.), *Pensar el 68*, México, Cal y Arena, 1988, pp. 64-65.



Figura 25 “Algunas familias del edificio ‘Chihuahua’ y otros de Tlatelolco, optaron por mudarse de esa zona para seguridad de sus vidas. Ante la indiferencia de los soldados, esta familia sube sus pertenencias a un camión de mudanzas”. (*Excélsior*, 4 de octubre de 1968, p. 22. Archivo Histórico CESU, UNAM).

enorme peso del silencio como móvil simbólico de la protesta estudiantil (fig. núm. 7).

El 15 de septiembre tuvo lugar el festejo tradicional de la noche patria en el Zócalo y al día siguiente el desfile militar. El despliegue fotográfico del periódico no es muy extenso. Apenas algunas imágenes convencionales, casi de registro, que muestran reiterativamente a GDO en el balcón presidencial, abriéndose paso junto a su esposa en medio de una valla de honor, o recibiendo la bandera. Se trata de imágenes oficiales y previsibles de los festejos de la Independencia que sólo enfatizan y remarcan la importancia de la figura presidencial en aquella coyuntura tan difícil.

A contrapelo de la celebración del tradicional festejo a cargo de las autoridades, una peculiar ceremonia tuvo lugar en la explanada central de Ciudad Universitaria. Los estudiantes organizaron una fiesta popular y en la noche el ingeniero Heberto Castillo pronunció el tradicional grito de Independencia. Algunos investigadores han resaltado la importancia de este evento, que simbólicamente representó la organización alterna que ofrecía el CNH al país en lugar del

régimen corporativista de las autoridades.²³ Resulta notable que ningún fotógrafo publicara alguna imagen en la prensa de la época. Este vacío en términos de imagen resulta muy significativo del fotoperiodismo predominante en el periodo, más interesado en cubrir la noticia oficial que en realizar cualquier otra investigación alterna de carácter documental. También ilustra acerca del nivel de censura y autocensura vigentes en aquel momento. Cabe recordar que la inocente fiesta celebrada aquella tarde en Ciudad Universitaria fue utilizada algunas semanas más tarde por el poder judicial para fincar responsabilidades a varios de los líderes, acusándolos de planear el derrocamiento del régimen e instaurar un gobierno paralelo en los territorios universitarios.²⁴

La ocupación militar de Ciudad Universitaria

El 18 de septiembre se produjo la ocupación militar de la Ciudad Universitaria, un hecho fundamental que provocó un giro en la postura del periódico, que a partir de ese momento tomó un poco más de distancia respecto a la postura gubernamental.²⁵ En este contexto, el diario presentó una cobertura fotográfica que dio cuenta de los hechos ocurridos en el interior de Ciudad Universitaria e introdujo, por primera vez en el conflicto, el punto de vista de los fotógrafos. Aquí

²³ César Gilabert, *El hábito de la utopía: análisis del imaginario sociopolítico del movimiento estudiantil en México, 1968*, México, Instituto Mora, 1993.

²⁴ Ma. Teresa Jardí, “Así se acusó y juzgó”, en Bellinghausen e Hiriart (coords.), *op. cit.*, pp. 145-147.

²⁵ Hay que insistir en que este giro no comprende a todo el periódico como un bloque monolítico, sino que tiene matices e incluso contradicciones. En el caso del editorial del diario se cuestiona el uso de la violencia por parte del Estado, pero no se le condena. Se denunció el saqueo llevado a cabo por los estudiantes y “otros truhanes que entre ellos se cuelan”. Se señaló muy claramente que los estudiantes olvidaron sus límites y en la lógica del enfrentamiento el gobierno no podía permitir que nadie se le impusiera. *Excélsior*, “La universidad ocupada”, 19 de septiembre de 1968, p. 2.

reside una de las diferencias más relevantes con la cobertura fotográfica de otros medios como *El Herald*. Mientras que el primero adoptó una cierta distancia frente al hecho, el segundo se alineó con la postura gubernamental. Por primera vez, *Excélsior* superó a su rival ideológico y captó una serie de importantes escenas dentro del *campus*, mientras que “El periódico que piensa joven” optó por la autocensura y no publicó una sola imagen de la intervención. Por el contrario, sus fotografías se limitaron a mostrar distintas escenas de padres de familia y estudiantes en las oficinas del Ministerio público, lo que limitó ostensiblemente la propuesta gráfica de su eficaz equipo de fotógrafos.

Entre otras de las imágenes publicadas por *Excélsior* durante aquella jornada, destaca una fotografía de primera plana en la que podía verse a decenas de jóvenes tendidos en el suelo y rodeados de militares. Algunos de los estudiantes están situados justo en frente de la cámara y otros permanecen de lado. En ambos grupos

algunos hacen contacto visual con el fotógrafo y levantan la mano derecha para hacer la “V” de la victoria, esto es, uno de los símbolos gráficos del Movimiento. Todo ello, desafiando la presencia vigilante de algunos soldados que permanecen de pie, revisando a algunos de los detenidos. La fotografía recuerda, por su concepción, algunas de las célebres tomas de los Hermanos Mayo realizadas durante el mismo episodio. Al igual que en aquellas, lo que cabe resaltar en esta imagen es el vínculo solidario y la empatía producida en el momento entre fotógrafo y estudiantes frente al grupo represivo (fig. núm. 8).

En las páginas interiores se publicaron otras dos. En una de ellas podía verse a algunos estudiantes y maestros detenidos, sentados dentro de un camión del ejército y cubiertos por un toldo, en espera de ser conducidos a las oficinas del Ministerio público. La otra es mucho más sugerente y mostraba a un grupo de mujeres detenidas, sentadas en el suelo de la



Figura 24. “Los soldados no soportaron el cansancio y la tensión nerviosa y ayer en la madrugada se tendieron a dormir en la escalinata de la Plaza de las Tres Culturas después de una noche de pánico”. (*Excélsior*, 4 de octubre de 1968, p. 14. Archivo Histórico CESU, UNAM).

explanada universitaria haciendo la “V” de la victoria. La participación femenina y la actitud irreverente y contestataria de las jóvenes quedó plasmada en la lente del fotógrafo. El ambiente es festivo a pesar de la ocupación. De no ser por los gestos adustos de los soldados que vigilan a la distancia, no habría elementos en la imagen para asociar los gestos y las actitudes corporales de estas mujeres con la gravedad del momento por el que estaban pasando. Una de ellas fuma tranquilamente. La mayoría sonríe a la cámara y reposa sobre la loseta de la explanada (fig. núm. 9).

La comparación entre esta imagen y la de los varones detenidos abre un campo de reflexión en torno a la relación entre el ejercicio del poder y el cuerpo. El código moral y cultural de la época impedía que las mujeres fuesen maniatadas y puestas boca abajo de la misma manera que sus colegas y compañeros. Las diferencias entre ambas escenas son notables. Ambas forman parte de una serie de nuevos referentes culturales que se fueron imponiendo a lo largo de la década de los sesenta.

Excelsior publicó al día siguiente su mayor despliegue fotográfico desde el inicio de los acontecimientos, que constó de la publicación de trece imágenes. Destaca en principio la presentación en la primera plana de dos fotografías mostrando la presencia del ejército en la capital, lo cual dejaba ver un estado de sitio no muy disimulado (fig. núm. 10). Los pies de foto eran muy respetuosos con los estudiantes, a los que se referían como “jóvenes”, lo que contrastaba con la campaña de descalificación en la mayoría de los demás medios, que utilizaron otros términos con cargas negativas, como “subversivos” o incluso, el de “terroristas”. En este sentido, el diario adoptó una distancia crítica respecto al Estado y evidenció un cierto margen de manobra para proyectar sus propios puntos de vista. La imagen en cuestión resulta altamente significativa por varios motivos. La hilera de soldados armados y sus detenidos (que son sometidos y llevan las manos en la nuca) atraviesa la avenida Insurgentes, una de las vialidades más importantes de la capital. En primer plano, que-

dan dos automóviles vistos desde la parte trasera y al fondo se vislumbra un camión, varios autos e incluso una motocicleta. Los conductores y algunos transeúntes observan detenidamente la escena. El ejército irrumpe en las calles de la ciudad y su presencia altera la vida cotidiana de la misma. No se trata de un enfrentamiento armado en un contexto de caos, sino de la ocupación virtual de la capital misma.

Las imágenes de las páginas interiores continuaban con esta reflexión y se asomaban al tema del trastocamiento de la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad. Vale la pena detenerse en una fotografía que mostraba a dos parejas de jovencitos conversando amorosamente en las bancas del parque de “La Alameda”, mientras un grupo de soldados pasaba corriendo, exhibiendo amenazadoramente sus cascos y sus macanas (fig. núm. 11). Este tipo de imágenes rebasaron el sentido del registro inmediato de la noticia para bosquejar otro tipo de escenas que mostraron actitudes y comportamientos de distintos sectores sociales en aquellos difíciles momentos. El fotoperiodismo incursiona aquí en otros ámbitos alternos a los de las marchas, los grandes discursos y los protagonistas centrales y enfoca la cámara al tema de la ocupación militar de la urbe y la reacción de sus habitantes.

Unos días más adelante, Cosío Villegas regresó al tema de la intervención militar en Ciudad Universitaria en un editorial titulado: “Los 7 actos de la tragedia”, en la que lamentaba que el gobierno hubiera cancelado la vía de la negociación justo en el momento en que el Movimiento había mostrado sus dotes civilizatorias con la celebración de dos marchas disciplinadas y organizadas, particularmente la conocida como “manifestación del silencio”. La conclusión del autor era contundente: el gobierno no estaba preparado para discutir con ciudadanos libres. Vale la pena citar un fragmento del texto para transmitir el tono de la argumentación del escritor liberal en aquellos críticos momentos:

¿Qué ha podido impulsar al gobierno a sacar a los estudiantes de su casa y echarlos a la vía pública, donde era inevitable

el choque, la sangre y aun la muerte? Uno puede enclaustrarse dos días seguidos en una celda conventual, ayunar, aporrearse la cabeza o mortificar la carne con el cilicio sin explicarse un acto tan descabellado.²⁶

Por su parte, el editorial de López Narváez, titulado: “Asalto a la razón”, proporciona el tono y el estado anímico de un sector de los colaboradores y analistas del diario, vinculados estrechamente a la universidad: “El allanamiento de CU, el hecho más grave que haya sufrido la conciencia moral y política de los mexicanos en décadas. El recurso a la fuerza es una muestra de decadencia en la institucionalidad mexicana, en partes importantes de la vida nacional”.²⁷ El tono crítico de los editoriales de Cosío Villegas y López Narváez se vinculó por primera vez con un enfoque fotográfico más audaz en los días posteriores a la ocupación militar de Ciudad Universitaria. Este episodio representó un giro en la orientación política del diario que adquirió una mayor distancia respecto al Estado. Como hemos visto anteriormente, este cambio no fue radical, sino que tuvo matices importantes. Cabe recordar que la postura del gobierno se endureció precisamente en la segunda quincena de septiembre.²⁸

El incremento de la violencia en la zona norte de la ciudad y los agudos enfrentamientos entre estudiantes y tlatelolcas contra policías, soldados y paramilitares fue puntualmente descri-

²⁶ *Excélsior*, 27 de septiembre de 1968, p. 6.

²⁷ *Excélsior*, 20 de septiembre de 1968, p. 7.

²⁸ Algunos estudios clásicos sobre este tema, como el de María del Carmen Ruiz Castañeda *El periodismo en México: 500 años de historia*, México, EDAMEX, 1995, pp. 357-58, han construido la imagen de “El periódico de la vida nacional” como un aliado incondicional del movimiento estudiantil y un crítico severo del gobierno: “*Excélsior* secundó el llamado movimiento estudiantil de 1968 a la vez que censuró con acritud a las autoridades que pretendían dominarlo”. Por el contrario, en este artículo mostramos los distintos contrapuntos y equilibrios del diario, representados por la línea editorial del mismo, las colaboraciones particulares de algunos de sus escritores, la labor de los reporteros y el discurso fotográfico de los profesionales de la lente.

to con todo profesionalismo por algunos de los reporteros de *Excélsior*, como Víctor Payán, Fernando Aranzabal y el infaltable Antonio Ortega. El hilo conductor de los reportes fotográficos es muy claro en esta coyuntura y tiene que ver con un seguimiento de las detenciones de estudiantes a cargo de la policía y los granaderos.

La labor crítica de Abel Quezada continuó marcando su distancia respecto a la atmósfera de incondicionalidad que rodeaba al Ejecutivo. En esta ocasión, la aguda ironía del dibujante contrastaba la legalidad del rector con el servilismo de una buena parte del poder legislativo, que se había convertido en el dócil intérprete de las órdenes presidenciales en aquella época. Ante los ataques de varios diputados en contra de Barros Sierra, acusándolo de ser el responsable e instigador del Movimiento, Quezada dibujó una balanza que sostiene dos pesos completamente asimétricos: de un lado están los diputados serviles al gobierno y del otro se encuentra apretujada la mayor parte de la población del país (fig. núm. 12).

Uno de los más notables editoriales del periódico en aquellos días corrió a cargo de Manuel Moreno Sánchez y llevó el título de: “El país ante una nueva generación”. En dicho texto, el autor analizó las causas de fondo del Movimiento y señaló que el camino idílico del llamado “milagro mexicano” había terminado, toda vez que el engranaje de los regímenes revolucionarios se encontraba totalmente desgastado. En esta perspectiva, la ocupación militar que privaba en la Ciudad de México apenas podía disimularse, y la utilización del ejército, los granaderos y diversos agentes civiles que ametrallaban los edificios durante las noches con total impunidad constituían signos lamentables que provocaban un enorme desgaste entre la población. No resultaba en absoluto gratuito entonces el apoyo brindado por los habitantes de Tlatelolco a los estudiantes. Por el contrario, resultaba de un enorme interés, ya que se trataba de un sector favorecido económicamente por los regímenes revolucionarios. El hecho podía leerse como parte del supuesto de que el progreso económico elevaba las exigencias democráticas de las per-

sonas. El episodio estudiantil cuestionaba, así, a fondo, el ciclo revolucionario que había vivido el país de la década de los años veinte a los sesenta. El verano del 68 representaba el parto de una nueva etapa, en la que tocaba a los jóvenes ir construyendo un nuevo orden de cosas. Dicho parto podía resultar más o menos doloroso, pero no se podía evitar. Montajes teatrales de supuestas profanaciones y agravios a los símbolos patrios y sagrados sólo podían entorpecer el cambio. El texto de Moreno resulta muy significativo, en la medida en que el autor analizó el trasfondo del conflicto estudiantil e introdujo puntos de vista y elementos de interpretación que habrían de ser retomados por una buena parte de analistas, escritores e intelectuales en los siguientes años.²⁹

La cobertura fotográfica del periódico durante estos episodios no estuvo a la altura mostrada por los reporteros y editorialistas antes mencionados. En términos generales, se publicaron algunas imágenes aisladas en las que predominaron encuadres convencionales que no mostraban los momentos del enfrentamiento, sino que se concentraron en la captura de algunos estudiantes o en mostrar los camiones de redilas incendiados por los jóvenes. Una excepción notable esta representada por una fotografía que logra un retrato urbano estremecedor. Un joven es captado de frente cuando camina en la noche por una solitaria calle. Tiene la mirada fija en la acera de enfrente, su actitud es de extrema tensión y lleva amartillada una pistola en la mano derecha, lista para usarse con los dedos en el gatillo. El pie de foto describe objetivamente la escena. La fotografía acerca al lector al drama concreto de los enfrentamientos, más allá de los lugares comunes y las escenas convencionales de automóviles destruidos o tranvías incendiados.

El incremento de la violencia

Los enfrentamientos entre colonos, estudiantes y granaderos continuaron en todo su apogeo en

²⁹ Véase Herman Bellinghausen y Hugo Hiriart (coords.), *op. cit.*



Figura 18. “Custodiados por un cordón de soldados, un grupo de estudiantes detenidos avanza por la calle de Manuel González, con rumbo a los camiones en que fueron trasladados a diversas prisiones. En la gráfica, de Carlos González, puede apreciarse el momento en que un cabo del Ejército golpea con la culata de su fusil a un estudiante”. (*Excélsior*, 3 de octubre de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).

la zona de Tlatelolco durante los días siguientes y documentaron un nuevo episodio del movimiento, que se refiere a la ocupación del Instituto Politécnico por parte del ejército. La cobertura general que el diario dedicó el día 24 de septiembre a la ocupación militar del Politécnico resume de manera bastante clara los tres niveles que caracterizaron al periódico durante todo el episodio estudiantil. En primer lugar, el titular de la primera plana publicó como nota principal la entrevista que Emilio Arenales, nuevo presidente de la Asamblea general de la ONU concedió al reportero Manuel Mejido. El título sentenciaba categóricamente: “En nada dañan los conflictos al prestigio mundial de México”, y en la misma primera plana se remarcaba el hecho de que el episodio estudiantil mexicano resultaba para el político un acontecimiento “circunstancial”, que no alteraba el digno ejemplo que representaba México en el ámbito mundial para los demás países.³⁰ Un segundo escalón está representado por el trabajo de los reporteros del diario, que se refieren a los hechos como una verdadera “batalla campal” y describen, con lujo de detalles, la

³⁰ *Excélsior*, 24 de septiembre de 1968.

intervención de 1500 granaderos y mil soldados que se apoderaron del casco de Santo Tomás a sangre y fuego, apoyados con 13 tanques y 30 transportes ligeros. Además, informan de la captura de Francisco Rodríguez Villarreal, teniente del Primer Batallón de Infantería de las guardias presidenciales, quien escondía en su camioneta una metralleta, un rifle de alto poder y una pistola calibre 45. Tal información evidenciaba que todo lo anterior formaba parte de un cruento episodio de ocupación militar, que difícilmente podía ser caracterizado como “circunstancial”, y que por el contrario, evidenciaba un estado de sitio incompatible con un régimen democrático, postulado ese mismo día por el presidente de la ONU como un ejemplo para el mundo. El tercer nivel está representado por la incorporación de imágenes fotográficas como una parte complementaria de los reportajes y constituye el elemento central de nuestra reflexión. La amplia descripción de los reporteros del periódico que enfatizaban la gravedad de los acontecimientos ameritó la publicación de una sola fotografía. Esta imagen resulta entonces fundamental en la medida en que representa el único punto de vista gráfico del diario respecto de esta importante jornada. Se trata de la fotografía de los restos de un camión de redilas incendiado por los estudiantes. El énfasis gráfico del diario estuvo orientado así a mostrar en forma exclusiva los efectos de la destrucción provocada por los jóvenes del Politécnico, omitiendo cualquier otro tipo de información visual sobre los hechos. En la composición destaca la disposición horizontal de los restos del autobús. La atención está concentrada en lo que podríamos denominar como la espectacularidad del desastre (fig. núm. 13).

En esta coyuntura de violencia, la cercanía de las Olimpiadas comenzó a ganar terreno en el ánimo de la mayor parte de la gente. Predominan los reportajes fotográficos de la vida de los atletas en la Villa Olímpica, los simulacros de la inauguración de los juegos en el estadio Olímpico de Ciudad Universitaria, las tablas gimnásticas en el Zócalo capitalino y la visita de Díaz Ordaz a las instalaciones deportivas. Mientras tanto, la vida continuaba y los capitalinos podían entre-

tenerse y aflojar tensiones admirando a Dámaso Pérez Prado, al “Loco” Valdés y a Sonia la Única en el teatro Blanquita. Yesenia, Martha Arlette y Eva Muller seguían mostrando sus maravillas a estudiantes, burócratas y desempleados en el burlesque, mientras que los cinéfilos podían escoger entre una oferta más o menos diversa de películas que incluían: “La Trampa”, en el cine Tlatelolco; “Motín a bordo”, con Marlon Brando, en el Teresa; “Nacidos para perder” en el Metropolitan y “Los Asesinos”, con Pedro Armendáriz y Andrés García, en el Orfeón.

Pese a todo, en la última semana de septiembre pueden apreciarse, a cuentagotas, pero de una manera persistente, diversas muestras de instantes fotográficos que regresaban con terquedad al lector a la realidad de la violencia cotidiana en las calles y al enfrentamiento entre estudiantes y cuerpos represivos legales y clandestinos.

En el lapso comprendido entre el 25 de septiembre y el 1 de octubre vale la pena destacar la realización de dos mítines en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco. Se reafirma este lugar como base de operaciones de una alianza entre estudiantes y habitantes de esta unidad habitacional, lo que transmitió confianza y familiaridad a los huelguistas para convocar a la trágica manifestación del 2 de octubre en el mismo lugar. Ambas imágenes están tomadas en picada y muestran a una multitud de estudiantes y padres de familia vistos de espaldas, atendiendo al orador del mitin. No hay rostros ni acercamientos. El personaje de ambas gráficas está representado por la multitud. Se trata de una mirada vigilante, en la que el observador no es advertido y lo que predomina es el anonimato de la masa. Los pies de foto se limitan a describir objetivamente el suceso, sin adjetivos ni opiniones personales.

Las otras vistas urbanas comprenden dos aspectos distintos de la ocupación del Politécnico. Una de ellas muestra a un grupo de granaderos de espaldas, hincados o en cuclillas, parapetados detrás de una barda y respondiendo al fuego en la violenta toma del Politécnico. Aunque la cámara del fotógrafo está convenientemente

ubicada detrás de los militares, la escena nos remite a una situación de guerra y enfrentamiento urbanos, que desmienten las declaraciones oficiales. El pie de foto recuerda al lector que el episodio tuvo lugar dos días atrás (fig. núm. 14).

La otra foto se refiere a la detención de estudiantes a manos de la policía en distintos ámbitos de la ciudad. En la parte superior una pareja de jóvenes casi adolescentes son detenidos por un trío de soldados. La escena tiene lugar en un parque, lo que remite a esta imagen al ámbito del *corpus* de fotografías en las que el ejército es percibido como un personaje ajeno que invade escenarios cotidianos de la urbe. La imagen de la parte inferior, en cambio, obedece a los cánones tradicionales de presentación de los detenidos ante el Ministerio público, en una fotografía mucho más ritualizada y codificada de acuerdo con los parámetros normativos del caso. Los pies de foto son informativos y reflejan las características de la detención de estos estudiantes por razones parecidas en distintos

lugares de la ciudad, lo que justifica su publicación en forma conjunta. En la primera imagen los policías dirigen la mirada al muchacho e ignoran a la muchacha. Ninguno observa a la cámara. En la segunda destaca la contraposición pasividad-actividad representadas por las manos de las víctimas y los captores. Las de los primeros permanecen inutilizadas u ocultas. Las de los segundos están activas: señalan, sujetan o están listas para actuar. Tampoco nadie observa aquí a la cámara (fig. núm. 15).

Una sugerente imagen cierra este bloque. Se trata de un grupo de estudiantes que realiza una pequeña marcha a las afueras de la Vocacional núm. 7 y protesta en forma festiva y con un gran desparpajo haciendo la “V” de la victoria. Llama la atención la escasa edad de los manifestantes. Se trata de adolescentes. Son los mismos que iniciaron el movimiento a finales de julio y se batieron en verdaderas luchas campales contra la policía y el ejército y que luego siguieron apropiándose de la calle para festejar y estrenar una identidad en una



Figura 8. “Boca abajo y rodeados por soldados, los estudiantes sorprendidos anoche en la Ciudad Universitaria esperan su traslado a la Jefatura de Policía para ser interrogados. Uno de los jóvenes muestra a los uniformados una credencial de la Universidad. El número de detenidos no se conocía anoche”. (*Excélsior*, 19 de septiembre de 1968, p. 14. Archivo Histórico CESU, UNAM).

ciudad que no contaba con espacios de participación para ellos. Los gestos y las actitudes corporales son bastante relajados. La mayoría sonrío a la cámara y otros juegan entre ellos. De acuerdo con los cánones y parámetros de la época puede pensarse en la asociación entre la juventud saliendo a protestar a la calle con antivalores como el caos y la anarquía.³¹ (Fig. núm. 16.)

En la semana previa al 2 de octubre se produce un fenómeno interesante. Algunos de los colaboradores y analistas del periódico publicaron importantes reflexiones en las que realizan el diagnóstico del Movimiento y valoran su importancia como punto de quiebre del México contemporáneo. José Alvarado analiza en su editorial, “El rector y los diputados”, el lenguaje hueco y vacío con que los miembros del poder legislativo habían intentado oponerse a los argumentos de Barrios Sierra. Ambos nos remitirían a dos visiones y proyectos de nación opuestos. Las diatribas de los diputados representaban en la versión de Alvarado uno de los puntos más débiles del sistema político mexicano y evidenciaban su autoritarismo, en la medida en que los diputados no actuaban en función de los intereses de la gente, sino que protegían únicamente al poder ejecutivo, que fue el que los había nombrado. Esta disertación política iba acompañada de una caricatura de Abel Quezada titulada: “Por mi raza hablará el micrófono”, en la que ridiculizaba al diputado Luis M. Farías, un exlocutor que había denostado a Barrios Sierra en los días anteriores.³²

Por su parte, el sacerdote jesuita Enrique Maza planteaba en su editorial, “Una tarea de todos”, que lo que estaba viviendo México era el conflicto entre un gobierno heredero de la tra-

³¹ Ariel Rodríguez Kuri, “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, núm. 209, jul/sep, 2003, pp. 179-228, ha estudiado la violencia de la primera etapa del conflicto del 68 y ha destacado la juventud de los protagonistas. Se trata de adolescentes que tomaron la iniciativa y se enfrentaron a las fuerzas policíacas y posteriormente al propio ejército.

³² *Excélsior*, 25 de septiembre de 1968, p. 7.

dición revolucionaria y los hijos de un espíritu nuevo. De acuerdo con esta lógica, una serie de cambios mentales y sociales terminarían gradualmente por imponerse. Lo más sensato era no rechazar el cambio ni reprimirlo, sino negociar con él, de tal manera que la civilidad y las transformaciones pacíficas hacia nuevas estructuras quedaran preservadas. Maza esboza una lectura de los sucesos estudiantiles según la cual todo el conflicto está atravesado por esas dos visiones del mundo que remiten a una tradición revolucionaria y al surgimiento de una identidad ciudadana democrática.³³

Unos cuantos días antes de la matanza, el escritor Ricardo Garibay publicó un texto titulado “La hora cero” que completaba el análisis de los demás colaboradores del diario y le imprimía al momento un tono trágico que habría de confirmarse unas cuantas horas más tarde. La “hora cero” representaba “la instantánea claridad con que por última vez se deja ver el peligro. El parpadeo donde todavía puede evitarse el desastre”. De acuerdo con el autor, los estudiantes habían iniciado el cambio, pero se habían ido quedando solos, lo cual los hacía mucho más vulnerables a la represión. Por todo ello, ganar la calle en las nuevas circunstancias era un acto suicida y lo más recomendable era apoyar la postura del rector, regresar a clases y continuar con las reivindicaciones democráticas dentro del marco constitucional. “la hora cero” muestra uno de los ángulos desde los cuales observaban el movimiento un sector de la opinión pública y representa un último y dramático aviso a los líderes del CNH.³⁴

La matanza del 2 de octubre

El episodio más importante de la nueva etapa caracterizada por el incremento de la violencia está representado por los trágicos acon-

³³ *Ibidem*, p. 8.

³⁴ *Excélsior*, 27 de septiembre de 1968, p. 8. Cabe recordar aquí que en aquellos días Ricardo Garibay tenía contacto personal con el presidente.

tecimientos del 2 de octubre. El registro de la devolución de las instalaciones de la UNAM y la evacuación de las tropas de la misma unos días antes, apenas si ameritó algunas fotos aisladas. Resulta muy significativo que tanto los editoriales como los reportajes y las fotos que los acompañan el día 2 de octubre —esto es, la información noticiosa previa a la matanza—, tuvieron una finalidad común: confirmar que la normalidad había regresado al país, después del retiro pacífico de las tropas de la Ciudad Universitaria. En este tono, el titular del diario anunciaba festivamente que el crecimiento económico del país en 1968 iba a superar el 7 por ciento. Una fotografía publicada en páginas interiores confirmaba este optimismo de una manera muy original, poniendo en evidencia por una vez el punto de vista del fotógrafo: cuatro empleadas de la guardería infantil de Ciudad Universitaria aparecían de frente ante la cámara, esperando profesionalmente la llegada de sus pequeños clientes, los hijos de trabajadores y oficinistas de la UNAM, tras de poco más de dos meses de huelga (fig. núm. 17).

El mismo día se publicó el editorial de José Alvarado titulado “La generación del 68”, el cual realizó un balance crítico del episodio estudiantil e interpretó el movimiento como parte de una nueva generación, con signos de identidad compartida que se rebelaron contra la “esclerosis” revolucionaria, la cual no estaba preparada para discutir y negociar sus demandas y solamente había sido capaz de oponerles una retórica revolucionaria, gastada y hueca. Este texto retoma los argumentos de Enrique Maza y Cosío Villegas y constituye una muestra significativa de la manera en que algunos analistas ubicaban el conflicto estudiantil como parte de un enfrentamiento de la reivindicación de una serie de exigencias democráticas por parte de un movimiento ciudadano contra la imposición de una tradición revolucionaria y corporativa que había mantenido la hegemonía en el país durante cinco décadas.

Al día siguiente fue evidente que el gobierno no solamente había enfrentado a los estudiantes con una retórica vacía, sino que también

utilizó la represión masiva. “Recio combate al dispersar el ejército un mitin de huelguistas”, reza el titular del diario el 3 de octubre. En la primera plana se publicaron por primera y única vez en todo el conflicto estudiantil tres fotografías, las cuales además llevan el crédito del autor. Se trata de imágenes producto de la lente de Carlos González, que mostraban diversos aspectos del enfrentamiento, dejando traslucir una mirada personal, que iba más allá del simple registro de los acontecimientos. Un recuadro insólito acompañaba las imágenes: “El reportero gráfico de *Excélsior* Jaime González fue herido ayer de un bayonetazo en la mano izquierda y su cámara destruida a culatazos. Minutos después, otro fotógrafo de esta casa, Ricardo Escoto, fue despojado de su cámara, la que también fue despedazada. *Excélsior* quiere dejar constancia de tales hechos y elevar su enérgica protesta por el atentado”.³⁵ El trabajo fotográfico había representado la parte más débil de la cobertura periodística del diario. No obstante lo anterior, la tragedia del 2 de octubre modificó la estrategia anterior de *Excélsior* y colocó a la fotografía en un primer plano, respetando la identidad de sus autores y proporcionando un punto de vista personal y una postura crítica respecto al acontecimiento.

Las tres imágenes proporcionan ángulos dramáticos de los sucesos. La primera muestra el momento en el que un soldado toma vuelo para darle un culatazo a un estudiante. Otros dos soldados observan impávidos al agresor que se encuentra de espaldas. Cuatro hileras de jóvenes con las manos en la nuca son conducidos. El estudiante que está a punto de recibir la agresión alcanza a arquear el cuerpo y a endurecer el brazo derecho para amortiguar el golpe, mientras los dos jóvenes que vienen detrás observan el hecho atemorizados y con la mirada puesta en el soldado atacante. La represión adquirió de esta manera un rostro específico para los lectores del diario, lo que contrastaba notablemente con las declaraciones oficiales del momento. El pie de foto describe puntualmente el hecho, lo

³⁵ *Excélsior*, 3 de octubre de 1968, p. 1.

que permite contextualizar objetivamente toda la acción (fig. núm. 18).

Las otras dos fotografías representan imágenes de guerra. En una puede observarse, en un primer plano, a un granadero hincado y disparando gas lacrimógeno hacia un objetivo situado en la acera de enfrente, mientras que en el fondo aparecen los restos de un autobús incendiado. Una neblina blanca producto de los gases y el incendio resta nitidez a esta imagen pero en cambio le proporciona una atmósfera muy singular. Se trata de un retrato verosímil del caos que se vivía en aquellos momentos. Nuevamente destaca la ubicación del fotógrafo, que presencia los hechos a buen resguardo, situado detrás de la línea de acción. A semejanza de la fotografía que nos mostraba los restos de un camión de redilas, también aquí podríamos señalar la carga de la búsqueda de un tipo de imagen que podríamos definir como la “espectacularidad del desastre” (fig. núm. 19).

En esta misma línea, la tercera fotografía muestra a un grupo de soldados en posición de combate, apuntando con sus fusiles en un ángulo de 45 grados hacia un objetivo no identificado (fig. núm. 20). Ésta es una imagen que logra un impacto mucho mayor que la que se refiere a la escena anterior. A lo largo de las últimas semanas era bastante común observar soldados aislados disparando sus cargas de gases lacrimógenos a la población civil en distintos rumbos de la ciudad. Algo muy distinto a ver a todo un escuadrón militar compuesto por dieciocho soldados apuntar de manera conjunta a un objetivo. Esta escena de guerra permite al lector dimensionar la magnitud del acontecimiento. El pie de foto informa con minuciosidad el número de militares que intervienen en la acción: diecisiete soldados y un cabo. También señala que todos ellos están apuntando al edificio Chihuahua de la unidad Tlatelolco y que de ese lugar “se dice” que provinieron los primeros disparos realizados por los estudiantes contra el ejército. A diferencia de las anteriores notas descriptivas que acotaban de manera objetiva los hechos que aparecían en las imágenes, en este



Figura 9. “Un grupo de estudiantes hacen la ‘V’ de la victoria, cuando fueron sorprendidos por el fotógrafo de *Excélsior*, sentadas en la explanada de la Ciudad Universitaria, minutos después de que el Ejército ocupó esa zona anoche”. (*Excélsior*, 19 de septiembre de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).

caso se añade información precisa que valora e interpreta lo que está ocurriendo en la imagen.

El periódico mandó aquella tarde a los reporteros Jaime Reyes Estrada, Emilio Viale, Miguel Ángel Martínez y Fausto Fernández a cubrir los acontecimientos. La crónica de estos profesionales informó con objetividad acerca de la matanza, describiendo la manera en que los soldados y los francotiradores se enfrentaron a fuego cruzado con la gente en medio de la plaza. Otras cinco imágenes de Jaime González publicadas en las páginas interiores complementaron la importante labor gráfica llevada a cabo por los profesionales de la lente aquella trágica tarde en la plaza de las Tres Culturas. Dichas fotografías mostraron a algunos estudiantes protegiéndose de los disparos y a una parte de la tropa repeliendo la agresión proveniente de los francotiradores apostados en los edificios. En una de ellas podrá verse a varios soldados con los gestos sonrientes maniatando a un estudiante y cortándole el pelo con una bayoneta. Uno de ellos celebra el acto haciendo contacto visual con la cámara, mientras los otros se concentraban en el

corte. El pie de foto informa que se trata de tres soldados y un teniente. Sin embargo, el sujeto que aparece en el extremo derecho de la imagen va vestido de civil, lo que haría pensar en un agente judicial o integrante del batallón “Olimpia”. En un segundo plano puede verse a tres estudiantes detenidos con las manos en la nuca y volteados contra la pared. A diferencia del registro noticioso de los enfrentamientos, tenemos aquí una imagen que denuncia y critica de manera explícita la represión militar y su *modus operandi*. Algo que difícilmente vamos a encontrar publicado en los periódicos que cubrieron el episodio estudiantil durante aquellos meses (fig. núm. 21).

Una de las caricaturas más significativas de Abel Quezada, se tituló “¿Por qué?”, y consistió simplemente en el dibujo de un cuadro negro en señal de luto. Dicha imagen completó el discurso gráfico expresado en las páginas del periódico y sintetizó el estado anímico de la mayor parte de los directivos y colaboradores del mismo en la mañana de aquel tres de octubre.

El *Excelsior* decidió publicar en la página 35 “A” la misma fotografía de algunos jóvenes detenidos en su presentación ante el Ministerio público y calificados como “peligrosos comunistas” por otros diarios como *El Heraldo*, que publicaron la imagen en la primera plana. La postura editorial del diario tomó distancia del tono anticomunista de algunos de sus colegas y acotó la detención de los agitadores extranjeros a un simple caso de nota roja, desvinculándolo del episodio estudiantil.³⁶

En los días posteriores a la matanza, la atención gráfica del periódico se concentró en mostrar algunas escenas que evidenciaban las alteraciones que sufrieron los habitantes de Tlatelolco en su vida cotidiana. Una fotografía ocupa la primera plana el 4 de octubre y muestra

³⁶ Se trata de la presentación de los guatemaltecos Mario René Solórzano y Carlos Rolando Segura ante las autoridades. En el pie de *El Heraldo* se refieren a ellos como peligrosos agitadores extranjeros. Su foto se publicó el 3 de octubre, con lo cual se pretende asociarlos al movimiento estudiantil.

las secuelas de la represión en aquella unidad habitacional, que todavía aparece como territorio ocupado. En la imagen pueden verse a los tanques y a los soldados insertos en forma desordenada en un paisaje en el que destacan los civiles transitando de un lugar a otro. Incluso algunos de ellos pasan entre los vehículos militares. En un primer plano una pareja conversa. Al fondo puede verse a un hombre que carga un portafolio, una pareja abrazada y otra discutiendo. Se trata de una imagen de la vida cotidiana de la localidad trastocada por la ocupación militar. Llama la atención la actitud relajada de dos soldados que se recargan a conversar al lado de uno de los tanques, en lo que constituye el centro de la imagen. Uno de ellos se lleva la palma de la mano extendida a la cara, en una pose muy alejada de la rigidez militar. La crónica de los reporteros retrata el clima que vivían los habitantes de la unidad habitacional un día después de la tragedia y exploraba sus preocupaciones y sus sentimientos. Los describe saliendo a trabajar aquella mañana y caminar con la vista en el suelo, sin cruzar las miradas, o leyendo la propaganda y las pancartas que no alcanzaron a repartirse la tarde anterior. Los imagina durmiendo amontonados en los pasillos, únicos lugares medianamente seguros, donde no penetraron las balas. En este sentido, relato e imagen se entrelazan e intentan describir la vida de los habitantes de Tlatelolco “el día después”³⁷ (fig. núm. 22).

En las páginas interiores un conjunto de ocho fotografías exploran documentalmente diversos aspectos de la nueva realidad post-Tlatelolco. En términos generales, podemos considerar tres hilos conductores: las largas filas ante el forense para identificar cadáveres, la presencia militar en la unidad habitacional y el éxodo de las familias de aquella unidad insegura y carente de agua y electricidad.

El primer punto contradecía el discurso oficial que intentó minimizar el número de muertos. El retrato de las largas filas de familiares

³⁷ Juan Aguilera, “Oscuridad en Tlatelolco”, en *Excelsior*, 4 de octubre de 1968, p. 1.

identificaba los rostros concretos de la tragedia al tiempo que permitía dimensionar la magnitud real del acontecimiento. No hay comunicación entre ellos. Predomina la secuencia serial y la espera individual y angustiosa para enfrentar la tragedia. Una línea diagonal parte en dos la imagen y realza los dos tercios superiores donde se distribuye la fila de personas (fig. núm. 23). El segundo continuaba con la línea de exploración expuesta en la primera plana y lograba nuevos hallazgos visuales en torno al tema de la ocupación militar de territorios civiles, proporcionando un sugerente testimonio que muestra actitudes y comportamientos concretos de los soldados. Se trata de una imagen que proyecta caos y desorden. El hastío de la tropa combina con la basura y los restos y fragmentos de objetos que permanecen tirados en el suelo. La disposición de los cuerpos de los soldados no responde a los lineamientos y parámetros de la disciplina castrense. Por el contrario, se trata de militares que se comportan simplemente como seres humanos extenuados por el cansancio y la tensión. La composición de la imagen está muy bien trazada. Las escalinatas forman una franja diagonal que ocupa el centro de la fotografía. En un primer plano se aprecian fragmentos de piedra y basura, y al fondo puede verse una de las paredes del templo colonial. Todo ello refuerza la presencia de los soldados y les asigna el papel de protagonistas centrales de la imagen (fig. núm. 24). El tercero permite al lector asomarse al drama de muchas familias que se vieron obligadas a huir de sus casas en busca de un lugar más seguro. Los objetos alineados en un primer plano abarcan los distintos enseres cotidianos de estas familias, cuya vida y normalidad fueron trastocadas brutalmente por la ocupación militar. Los botes de plástico se hacinan junto a las sillas forradas de plástico de algún comedor y el triciclo de juguete de un niño. En el fondo pueden observarse varios camiones militares que se hacen presentes en el horizonte. De hecho, el pie de foto enfatiza la indiferencia de los soldados ante el éxodo de dichas familias (fig. núm. 25).

En los días posteriores, la atención se centra en las declaraciones de los distintos líderes del Consejo Nacional de Huelga ante el Ministerio público, principalmente las del controvertido Sócrates Campos Lemus, quien denunció la supuesta participación de algunos personajes públicos como la escritora Elena Garro y el político Carlos Madrazo en la conducción del Movimiento, lo que cerraba de alguna manera el planteamiento inicial de la teoría de la conjura en la que insistieron las autoridades desde el inicio del conflicto. La atmósfera de un temor generalizado y la persecución de potenciales disidentes inhibieron el espíritu festivo y democrático que había crecido en México durante los meses anteriores. Por el contrario, se impuso con los nuevos acontecimientos al país una losa pesada que identificó al Movimiento durante los siguientes años con el recuerdo impotente y la conmemoración focalizados en una sola fecha trágica.

De esta manera concluyó la cobertura fotográfica dedicada al episodio estudiantil. La celebración de los XIX Juegos olímpicos concentraron de manera casi completa la atención de la opinión pública en las siguientes semanas. Los restos del CNH levantaron la huelga el 4 de diciembre ante una indiferencia generalizada. Las secuelas de la represión del 2 de octubre de 1968 no desaparecieron. La ola expansiva se dejaría sentir a lo largo de la década de los años setenta. La guerrilla rural y urbana y la reforma política son dos de los capítulos posteriores en la agenda política del México contemporáneo. Ambos se derivan directamente de los sucesos del "68".

Consideraciones finales

A lo largo del presente artículo hemos desarrollado un análisis de las representaciones fotográficas del movimiento estudiantil a partir de los puntos de vista de *Excélsior*, mostrando los distintos momentos por los que atravesó la estrategia visual del diario.

En términos generales coexistieron tres niveles en la reseña de los acontecimientos: la

postura institucional, representada por los editoriales propios del periódico, los cuales estuvieron sujetos a un mayor control por parte del gobierno. En ellos predominaron los llamados a la concordia general y una repartición conjunta de responsabilidades entre estudiantes y gobierno; la postura crítica, localizada en las plumas de algunos reporteros y editorialistas, que describieron los hechos con objetividad y plantearon una visión más amplia de las cosas, en la que se trazó una primera interpretación del Movimiento, que identificó a éste como el punto de partida de una nueva época, representada por la búsqueda de una nueva relación entre gobernantes y ciudadanos, caracterizada por la defensa del estado de derecho; y, finalmente una limitada cobertura fotográfica, caracterizada por imágenes aisladas, orientadas por lo general al registro convencional de los hechos.

El trabajo de los fotógrafos de *Excélsior* se subordinó a la mirada editorial del periódico, lo cual, en la práctica significa que ellos tomaban las placas, pero no decidían cuáles se publicaban, con qué pies de foto iban acompañadas, ni en

qué contexto editorial estarían insertas. Estas imágenes deben leerse como parte de la estrategia con que el diario se enfrentó a los hechos. En este sentido, los editoriales, los reportajes y los pies de foto constituyen elementos centrales que incidieron sobre las posibles lecturas del público de la época. También representan una narración visual de los acontecimientos, que oscila entre el registro noticioso de los hechos y la incorporación de puntos de vista más personales de parte de los fotógrafos. Dicha narración recoge algunos de los episodios clave de la cronología del 68, como la “marcha del rector” a principios de agosto, que legitimó el movimiento ante diversos sectores sociales y permitió la cohesión de los estudiantes al interior de la UNAM y el Politécnico, la magna manifestación del 27 del mismo mes que abarrotó el Zócalo y el macabro espectáculo de los tanques persiguiendo a los transeúntes al día siguiente, o la simbólica marcha del silencio del 13 de septiembre, reivindicada en las páginas de *Excélsior* por la pluma del historiador Daniel Cosío Villegas y el trazo gráfico del caricaturista Abel Quezada.

Orden y Tranquilidad Deben Mantenerse por Encima de Todo



Figura 5. “Durante tres horas y siete minutos, el Presidente Díaz Ordaz dio lectura a su cuarto informe de gobierno. Fue interrumpido ochenta y cuatro veces con entusiastas ovaciones y abordó con voz vigorosa los recientes problemas que han ocurrido en esta capital. Aquí se aprecian cinco gestos del Primer Mandatario, cuando informaba a la nación de la situación actual. En cada una de sus expresiones se observa el gesto firme con que acompaña sus palabras”. (*Excélsior*, 2 de septiembre de 1968. Archivo Histórico CESU, UNAM).

Los momentos más logrados del ejercicio fotoperiodístico del periódico están concentrados en dos momentos fundamentales: la toma militar de Ciudad Universitaria el 18 de septiembre y la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco. En ambos casos la fotografía ocupó un lugar estratégico en la cobertura del periódico, que tomó una distancia respecto a la postura gubernamental y analizó los hechos con una perspectiva crítica. La narración que se desprende de estas imágenes fotográficas obliga al lector a voltear la vista y recuperar la atmósfera festiva y lúdica que caracterizó al Movimiento durante los dos meses previos al 2 de octubre. Como cualquier secuencia de imágenes, la que hemos presentado aquí admite varias lecturas. Una de ellas es la que se refiere a la ciudad misma como escenario de la movilización y la resistencia organizada. Otra lectura da cuenta de las distintas reacciones de la población civil a la presencia cotidiana de policías y soldados en las calles y parques de la capital. El incremento de la violencia a partir de la tercera semana de septiembre y las trifulcas callejeras también fueron registrados por un eficiente equipo de fotógrafos que cumplieron cabalmente con sus órdenes de trabajo y cubrieron los hechos con valentía y profesionalismo. No obstante lo anterior, la lectura e interpretación de estas imágenes debe ir más allá de cualquier voluntarismo y supeditarse a la mirada editorial del diario, que fue la encargada de organizar estos registros y construir una narración visual que debe ser analizada a la luz de los intereses, las tensiones y las contradicciones políticas y sociales predominantes al interior del periódico y en relación con la estructura política vigente en el México presidencialista y autoritario de la época.

La política editorial del periódico no priorizó dentro de sus objetivos fortalecer el peso del discurso fotográfico y de esta manera su propuesta visual estuvo por debajo de la de otros medios más dóciles al gobierno, como el caso de *El Herald*, y no estuvo a la altura del trabajo desarrollado por otros reporteros y editorialistas del propio diario. La falta generalizada de crédito a los profesionales de la lente no hace

sino corroborar estos planteamientos. Los dos episodios del conflicto estudiantil en los que el diario rebasó sus propios estándares y desarrolló una propuesta visual más eficaz fueron, como ya se mencionó, la ocupación militar de Ciudad Universitaria y la matanza del 2 de octubre. En ambos se asomó con mayor contundencia el discurso gráfico de los fotoperiodistas del diario, los cuales vieron restringida y limitada su producción a la imagen de registro, elegida por los editores del periódico por razones políticas y/o por la tendencia a la utilización de encuadres y composiciones visuales más convencionales. El contacto visual del fotógrafo con los jóvenes detenidos aquella madrugada en la explanada universitaria y la crónica de la represión en la plaza de las Tres Culturas, que incluyó el despliegue táctico de los soldados y el registro oportuno de las golpizas y los cortes de cabello humillantes realizados a punta de bayoneta, forman parte de la iconografía básica del movimiento estudiantil que se ha ido acumulando en la memoria histórica a lo largo de estos años.

Las imágenes fotográficas publicadas por *Excélsior* pueden dividirse en varios bloques que revelan y construyen algunos hilos narrativos de los sucesos del 68. Entre ellos podemos destacar: a) Un ejercicio de retratos del poder focalizados en la figura presidencial que enfatizan algunos aspectos personales de Gustavo Díaz Ordaz. Esta secuencia vincula dichos aspectos con la solemnidad del discurso oficial. La correspondencia entre la pose hierática del funcionario y la custodia vigilante del Zapata del mural es en este sentido paradigmática de la relación que estableció el poder ejecutivo con la historia y la memoria oficial durante décadas. b) Una lectura de las resistencias al ejercicio del poder. Este bloque está representado por distintos grupos de estudiantes detenidos por policías y soldados en situaciones diversas. La aportación concreta de este ejercicio consiste en el hecho de que los jóvenes no son percibidos como víctimas pasivas sino como sujetos activos y desafiantes del poder establecido. Al respecto destaca el retrato de las jóvenes estudiantes detenidas en el *campus* de Ciudad Universitaria, el cual representa

toda una alegoría de la resistencia femenina al poder patriarcal del estado. c) El despliegue de las fuerzas represivas por distintos rumbos de la ciudad. Aquí se muestra el despliegue de un ejército de ocupación, que se apropia con disciplina del espacio urbano. d) La realización de mítines políticos con distintas cargas políticas. Por un lado destaca el episodio del desagravio a la bandera celebrado en el Zócalo y encabezado por empleados gubernamentales. Todos son captados de frente a la cámara y muestran sus rostros y vestimentas. Por el otro lado, sobresalen las dos concentraciones de estudiantes celebradas a finales de septiembre en la plaza de las Tres Culturas. Los manifestantes son captados de espaldas y su identidad se diluye en el anonimato. e) El bloque más extenso se compone de imágenes que muestran las distintas posibilidades de la interacción urbana entre policías, soldados, estudiantes y población civil en general. Los vínculos contemplan diferentes movimientos y combinaciones, que van de las detenciones y el maltrato físico a la coexistencia forzada y la indiferencia. Por un lado, tenemos aquí el registro de la presencia policiaca y militar que trastocó la vida de un sector importante de la población capitalina de finales de los años sesenta. Por el otro, la irrupción de una serie de referentes culturales alternativos que se corresponden con otras imágenes importantes publicadas a lo largo de la década de los años sesenta y que aluden entre otras cosas a un concepto distinto de juventud, a la presencia activa de las mujeres como protagonistas del cambio social y a un replanteamiento de las relaciones interpersonales.

Los pies de foto se limitan a describir y a contextualizar las imágenes, sin utilizar adjetivos ni descalificar a los personajes y protagonistas. La mayor parte de las ocasiones se refieren a los jóvenes universitarios como “estudiantes”. La excepción a la regla está representada por

el bloque de fotografías que se refieren a GDO. En ellas se enfatiza la “firmeza” del presidente en el cuarto informe de gobierno o el “sacrificio que realiza el pueblo para dar educación a los estudiantes”, como en el caso del retrato de grupo con los niños aplicados del estado de Puebla. No resulta en absoluto gratuito que la distancia crítica y la objetividad manifestada en la descripción de los sucesos se diluyera en el caso de las referencias a la figura presidencial. Por el contrario, constituye un indicador importante de la dependencia que experimentó la prensa mexicana durante décadas respecto al poder presidencial. A finales de la década de los sesenta el poder ejecutivo y su “estilo personal de gobernar” carecía de contrapesos democráticos, lo que le permitía todo tipo de excesos. Incluso la mordacidad e ironía de Abel Quezada respeta lo anterior y focaliza sus críticas en el poder legislativo y judicial.

El trabajo de Miguel Castillo, Carlos González, Ricardo Escoto, Jaime González, y algunos otros profesionales de la lente que por lo general no recibieron crédito en el contexto del 68, representa un momento muy importante de la historia del fotoperiodismo de la segunda mitad del siglo xx. Dicho momento constituye un eslabón clave que vincula por un lado la cobertura de los movimientos sociales de finales de los cincuenta —llevada a cabo por fotógrafos tan importantes como los Hermanos Mayo, Héctor García, Enrique Bordes, Rodrigo Moya y Nacho López— y por otro lado el surgimiento del llamado “nuevo fotoperiodismo mexicano” de finales de la década de los setenta, encabezado por el diario *Uno más Uno* y su director Manuel Becerra Acosta, que desarrollaron en forma sistemática un acercamiento visual crítico e irreverente a las esferas del poder. Entre ambas coyunturas median dos momentos distintos del sistema político mexicano y dos pautas específicas de relación entre la prensa y el poder.



Figura 21. “Sonrientes, tres soldados y un teniente inician el corte del largo cabello de uno de los detenidos en el edificio Chihuahua, de Santiago Tlatelolco. Al fondo, contra la pared y con las manos en la nuca, se encuentran varios de los detenidos”. (*Excelsior*, 3 de octubre de 1968, p. 14. Archivo Histórico CESU, UNAM).